

La leyenda del lancero Griespach.

Ochenta mil hombres de infantería, caballería, artillería, maniobran en la llanura de *** El Emperador Napoleon III les pasa revista. La Emperatriz Eugenia y el Príncipe Imperial se hallan á su lado. En torno de ellos piafa, brilla, chispea el Estado Mayor de las grandes solemnidades, al cual se ha unido un surtido completo de extranjeros distinguidos.

De repente la emperatriz se detiene asombrada.

Su esperta mirada ha distinguido á un lancero azul y rojo, que hace mal efecto entre las filas de los dragones de la guardia verdes y blancos.

Y la soberana pregunta al soberano:

—¿Cómo es que ese lancero ha tomado puesto entre las filas de mi regimiento de dragones?

—¡No lo habia notado! ¿General?

El general ministro de la guerra, se adelanta.

El emperador le pregunta:

—¿Qué hace ese lancero, entre los dragones del regimiento de la emperatriz?

—Voy á informarme, señor.

Y el ministro de la Guerra, abandonando el Estado Mayor, trota, trota, trota, hasta que alcanza al general en jefe de la guardia imperial.

—Mi querido general, le dice: el emperador me envia á preguntar á V., qué es lo que hace ese lancero, entre las filas de los dragones de la emperatriz.

—Mi querido ministro, confieso á V. que me sorprende, no menos que á S. M., verle allí. Voy á adquirir informes, y daré á V. en seguida la respuesta.

Y el general en jefe de la guardia imperial galopa, galopa,

galopa, hasta que encuentra al general de division, comandante en jefe de la caballería de la guardia.

—¡Voto vá, general! Sirvase V. esplicarme qué demonios hace esa bestia de lancero entre los dragones de la emperatriz. El emperador se ha mostrado muy descontento.

—¡Trueno de Dios, mi general! No lo habia notado! Voy á averiguar lo que esto significa!

Y el general de division comandante en jefe de la caballería de la guardia, trota, ¡badabum! ¡badabum! ¡badabum! hasta que encuentra al brigadier, jefe del Estado Mayor general.

Llega hasta él casi sin aliento, y le dice:

—Amigo mio: Ni el... empe... rador... ni... nosotros... sabemos... qué es lo que... hace... ese lancero, entre los drago... nes!

—Verdad es que eso no tiene sentido comun. De aquí á un momento os daré una respuesta, dice el brigadier que parte al trote, al trote, en busca del coronel de los dragones.

Pero el regimiento se ha puesto ya en marcha taratá, taratá, taratá, puesto que el desfile va á comenzar.

El brigadier jefe del Estado Mayor general, galopa ¡hop! ¡hop! ¡hop! durante diez minutos.

Y llega jadeante á alcanzar al coronel.

—¡Coronel! ¡Coronel! el Emperador encarga se le pregunte á V. por qué razon hay un lancero en las filas del regimiento de V.

—No puedo abandonar la cabeza de mi regimiento para informarme de eso, responde el coronel que galopa ¡hop! ¡hop! ¡hop! con el sable en la mano y la mano en el muslo. Pero diríjase V. al comandante del 2.º escuadron: él sabrá mas que yo en esa cuestion.

Y el regimiento continúa desfilando... ¡badabum!... ¡badabum!...

El brigadier jefe del Estado Mayor general, hace una seña á un ayudante de campo para que acuda á hablarle.

El ayudante se presenta á todo escape... ¡plaf!... ¡plaf!... ¡plaf!...—Vaya V. á preguntar al comandante del 2.º escuadron del regimiento dragones de la Emperatriz, de parte de sus magestades, por qué está ese lancero entre sus filas.

El ayudante de campo se marcha á todo escape ¡plaf!... ¡plaf!... ¡plaf!...

—Mi comandante, le dice al llegar, SS. MM. desean saber por qué está ese lancero en las filas del escuadron de V.!

—¿Hay un lancero en nuestras filas?

—Sí, señor.

—¿Está V. cierto de lo que dice?

—Ciertísimo!

—Pues es la primera noticia que tengo. Efectivamente ¿por qué habrá un lancero en nuestras filas? Yo no puedo abandonar este puesto, mientras dure el desfile, pero seguramente sabrá V. lo que desea, si se dirige al capitan Grindemil que está allá abajo.

Y el oficial de Estado Mayor vuelve á marchar al galope; ¡badalaplaf!... ¡badalaplaf!... ¡badalabum!

—Capitan! De orden del Emperador ¿cómo es que hay un lancero en vuestras filas?

—Será sin duda, una idea del teniente Clodomiro. Ese animal no sabe hacer mas que cosas así. Voy á averiguarlo. Confieso que efectivamente me ha estrañado ver un lancero en nuestras filas. Pero como yo no soy el amo en esto ¿comprende V.?

El regimiento seguia desfilando.

Y el capitan Grindemil parte á cuádruple galope ¡trimalabum! ¡trimalabum! ¡trimalabum!

—Subteniente Casquapoil, ¿dónde está el teniente Clodomiro?

—Mi capitan, lo ha llamado el mayor.

—Yo tomo su puesto de V. en las filas. Vaya V. á escape á

hacerle saber que SS. MM. se han mostrado muy descontentas al ver un lancero en nuestras filas. Pregúntele V. en qué consiste eso, y no tarde V. en volver.

El regimiento continuaba desfilando.

Y el subteniente Casquapoil se aleja á brida suelta ¡cling! ¡cling! ¡cling! mientras su gran sable azota el vientre del caballo, y sus pantorrillas personales.

Pasan cinco minutos.

El subteniente Casquapoil no vuelve.

Por fin, se ve una gran nube de polvo y aparece un militar envuelto en sudor.

Es el subteniente Casquapoil.

—Mi capitan, dice, el teniente Clodomiro me ha contestado: ¡Qué sé yo! Esas son cosas del sargento Cornemusette. Dígale V. al capitan que se tome el trabajo de aguardar un momento, y voy á tomar informes.

El regimiento proseguia desfilando, y mientras que el oficial de Estado Mayor esperaba, el subteniente Casquapoil hacia asimismo esperar al capitan Grindemil.

Por fin, el teniente Clodomiro se acerca á galope ¡clap! ¡clap! ¡clap!

El subteniente Casquapoil galopa tambien saliendo á su encuentro.

—¿Qué hay, teniente?

—Estamos de desgracia, mi capitan. El sargento Cornemusette se halla en la ambulancia.

—¡Por vida del demonio! ¡Estamos frescos!

Y el regimiento desfilaba, desfilaba, desfilaba siempre.

Entonces, el subteniente Casquapoil, que era tan maligno en los consejos, como bravó en los campos de batalla, exclamó:

—¿Por qué no se lo preguntamos al mismo lancero?

—No es mala idea, por mas que sea contra disciplina...

—Verdad es.

—Pero como se trata de complacer al Emperador... Voy á reunirme con el capitan Grindemil que creo se impacienta.

—Usted, subteniente Casquapoil, no olvide que se trata de dar gusto á dos cabezas coronadas.

—Está muy bien.

—Una vez tomados los informes, venga V. á trasmitírmelos. El regimiento no cesaba desfilando.

El subteniente Casquapoil, se aleja á gran galope: ¡tarabum! ¡tarabum! ¡tarabum!

Vé al lancero, y le grita:

—Eh, lancero... Sí, usted. ¿Cómo se llama V.?

—Griespach, mi subteniente.

—Y por qué no lleva V. el uniforme de dragon?

—Porque no me ha acabado el traje, el sastre del regimiento.

—¡Pues porque no lo advertía V.! ¡Dos dias de arresto!

Y el subteniente Casquapoil, se reúne con el teniente Clodomiro.

—Mi teniente, puede V. hacer saber al Emperador que el lancero me ha contestado que no le habian acabado el traje.

—¡Me lo habia figurado! ¡Diez dias de arresto!

El teniente Clodomiro se reúne con el capitan Grindemil.

—Mi capitan, puede V. hacer saber á SS. MM. que el lancero en quien se han dignado fijar su atencion, es incorporado de hace poco al regimiento, y no ha recibido todavía el traje de ordenanza.

—¡Como si no me lo hubiera pensado! ¡Impóngale V. un mes de arresto!

Y el capitan Grindemil parte al galope, en busca del comandante del 2.º escuadron.

¿Hay necesidad de repetir que el regimiento continuaba desfilando?

—¿Ha sabido V. algo, capitan Grindemil? dice el comandante al verle.

—Mi comandante, parece ser que ese lancero que tanto ha incomodado á S. M. es incorporado de nuevo al regimiento y no ha recibido todavía sus efectos de ordenanza.

—¿Me toma V. por un animal que viene á contarme lo que yo no ignoraba? Arreste V. á ese lancero por seis semanas.

Y á su vez, el comandante del 2.º escuadron, se aleja á todo escape, á incorporarse al coronel que va á la cabeza de su regimiento.

—¿Qué quiere V.? preguntó este.

—Mi coronel, el lancero...

—Bien, ¿qué?

—El lancero que ha estado á punto de deshonar nuestro bravo regimiento...

—¿Qué?

—Se llama Griespach, incorporado de nuevo, y no ha recibido todavía los efectos de ordenanza.

—Y todo ese tiempo ha empleado V. en averiguarlo? Yo bien lo sabia. Que metan en el calabozo á ese lancero.

En esto se acerca á toda prisa el oficial de Estado Mayor:

—¿Y bien, mi coronel? pregunta.

—No puedo abandonar la cabeza de mi regimiento durante el desfile, pero puede V. hacer saber al Emperador que se hará justicia. Si el lancero Griespach no se hallaba en el traje conveniente, es porque no se le han entregado todavía sus efectos de ordenanza. Pida V. perdon en mi nombre á SS. MM.

—Voy, mi coronel.

Y mientras que el regimiento continuaba desfilando, el ayudante de campo, alcanza al brigadier gefe del Estado Mayor general.

—Mi brigadier, le dice, puede V. informar á SS. MM. de que el lancero Griespach, que tanto les ha desagradado, se halla

incorporado recientemente en el regimiento de dragones de la Emperatriz, y que no le ha sido entregado todavía su uniforme de ordenanza!

—¡Como si esto no se supiera! El lancero Griespach será sujeto á un consejo de guerra!

Y el brigadier, gefe del Estado Mayor general, se dirige al general de division, comandante en gefe de la guardia:

—Mi querido general, puede V. decir al Emperador que aquel lancero se halla incorporado desde hace poco á los dragones, y que todavía no ha recibido el uniforme reglamentario.

—Ya, ya! Creo, amigo mio, que no sospechará V. decirme cosa que ignore. Eso salta á la vista!

—Y qué hacemos del lancero Griespach?

—Que se le incorpore á una compañía de correccion.

Y el general de division comandante en gefe de caballería de la guardia, se dirige, á su vez, al general comandante en gefe de la guardia imperial, y le dice:

—Amigo general, el lancero...

—¿Qué lancero?

—El que chocó al Emperador hace una hora, desagradándole tanto; el lancero Griespach.

—¿Y qué?

—Parece que acaba de incorporarse recientemente al regimiento de dragones de la Emperatriz, y que no ha recibido todavía sus efectos de ordenanza.

—Ya hace tiempo que yo sabia eso. Que se le degrade!

Y el general, se acerca al galope al capitan general ministro de la Guerra.

—Mi querido general, acabo de saber que el lancero...

—¿De qué lancero me habla V.?

—Del lancero Griespach.

—¡Que se le fusile!

—Parece que no ha recibido todavía sus efectos de ordenanza...

—S. M. se ocupa en este momento de la distribucion de grados y recompensas; no sé si atreverme á distraerle...

—Hablando á S. M. del lancero Griespach no hace V. otra cosa mas que obedecer sus órdenes.

—Verdad es.

El ministro se dirige al lado del Emperador.

—Señor...!

—¿Qué quiere V.?

—Hablar á V. M. del lancero Griespach!

—Está bien. ¿Que se le dé una cruz!

Desde entonces solamente, el lancero Griespach, lleva en su pecho la estrella de los valientes, que siempre habia merecido por su valor.

Tal es la leyenda del lancero Griespach.

El dia de la Embellecedora (1).

El conde Oh-tempora-oh-mores, se halla á la puerta del gabinete de su esposa, deseando entrar en él.

Pero inútilmente da vueltas al pomo del picaporte.

—¡No se puede entrar! le grita una voz.

—¡No se puede entrar! ¡No se puede entrar! Pardiez! De sobra estoy viendo que no se puede entrar, replica el conde con terrible mal humor ¿Por qué no se puede entrar? Siempre tenemos la misma historia, desde hace algun tiempo!

—Mas tarde nos veremos.

—Pero si soy solo yo!

—Vuelve dentro de una hora.

(1) *Maseuse* en el original. Pero como quiera que este es un oficio desconocido en España y que consiste en apretar, estrujar y pulir las formas de una mujer para que adquieran mayor redondez y hermosura, hemos creido prudente traducirlo de ese modo.